
Santiago(135)septiembre- diciembre

Rehabilitación en adultos mayores. Sentido de vida y de muerte como indicadores de salud

MSc. Larissa Turtós-Carbonell

MSc. Juan L. Monier-Rodríguez

Lic. Ana Yanet Macías-Infante

*lturtos@csh.uo.edu.cu, monier@csh.uo.edu.cu,
monier@csh.uo.edu.cu*

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Oriente, Santiago
de Cuba, Cuba

Resumen

Se presentan dos experiencias grupales de diagnóstico participativo e intervención grupal que evalúan las potencialidades de senescentes institucionalizados, para desarrollar un sentido de vida enriquecedor y un acercamiento saludable a la muerte, tan temida en nuestra cultura. Para brindar una perspectiva más amplia se proyectan diferentes formas psicológicas de morir a partir de exclusiones sociales y estereotipos imperantes sobre la edad. Se presentan indicadores de ambos procesos –preparación para la muerte y sentido de vida-; a través de un grupo de reflexión y formativo respectivamente. Los resultados muestran las potencialidades para incorporar los logros psicológicos de la etapa y reconocer a los otros como vitales mediadores en este proceso, pero se mantienen contradicciones asociadas a la vejez y la muerte. Para promover, dichas capacidades, garantizando una vida con sentido y un tránsito saludable hasta la muerte, nos centramos en una categoría relevante para el desarrollo: zona de desarrollo próximo.

Palabras clave: sentido de la vida, preparación para la muerte, adulto mayor, ZDP, participación.

Abstract

Two groups' experiences are presented of participative diagnostic and intervention, evaluating the potentialities of an institutionalized old adults, for develops a sense of the enriching life and a healthy approach to death. Equally different processes of dying in life are valued; from the limitations characteristic of the age and those imposed by the society; and lastly, it provides theoretical indicators of the death processes preparation and the sense of life. We worked with reflection group and formative group respectively. The main results show that still exist contradictions associate to the vital characteristics of to the stage and the vision of the death like close final, identifying the potentialities of the category zone of potential development (ZPD) to promote a life with sense that allows a healthy travel and personal developing until the death.

Keywords: sense of life, death preparation, old man, ZDP, participation

Introducción

La vida y la muerte han estado eternamente asociadas, y no necesariamente como antinomias. Algunas culturas las tratan como el mismo fenómeno en un continuo y otras como extremos opuestos del ciclo vital. Entre estos dos polos se encuentra la vejez, deseada y rechazada en diferentes momentos históricos; la etapa más contradictoria y compleja del ciclo vital.

La vida se evalúa por lo que se espera alcanzar como compensación en la vejez, y tras la muerte, como premio o castigo. Por lo que la declinación del éxito o la corporeidad, planteados ambos como elementos de la vejez y anticipación de la muerte, hacen que la primera aparezca marcada por una espera angustiada y un decursar degradante. Ese constante debate entre la vida y la muerte, asociado a los ancianos en la sociedad occidental, ha generado la necesidad de realizar acciones interventivas desde la psicología, que permitan al adulto mayor afrontar de la forma más óptima y saludable posible esta etapa de su vida y su final esperado.

El presente artículo tiene como objetivo: sistematizar los resultados de tres intervenciones psicológicas, que incluyan los procesos de sentido de vida y preparación para la muerte en su relación dialéctica, así como su expresión personalizada en un grupo de

senescentes; a través del uso de dispositivos grupales que permitan realizar un diagnóstico más centrado en la problemática y movilizar la participación y el protagonismo de los mismos.

Se trata de adultos mayores con síntomas de ansiedad, tristeza (sin llegar a depresión), escasa proyección futura y actividad social. En este sentido la institucionalización y la edad marcaron procesos de soledad y deterioro social que afectaron sensiblemente el equilibrio salud – enfermedad, siendo necesario recuperarlo a riesgo de que dichos ancianos padecieran enfermedades crónicas asociadas a procesos de aislamiento y estrés: diabetes, afecciones respiratorias, cardiovasculares y mentales (crisis de ansiedad, depresión, etcétera).

Luego de un diagnóstico preliminar se decidió trabajar con dinámicas grupales en función de potenciar y restaurar procesos psicológicos adormecidos, más que dañados. La primera intervención se produjo en el 2007 con el objetivo de rehabilitar los procesos emocionales y sociales a través de la potenciación del sentido de vida desarrollador en un grupo formativo con nueve adultos mayores semi institucionalizados en la casa de abuelos "Corazones Contentos". De estos, siete abuelos participaron en un grupo de reflexión sobre el proceso de preparación para la muerte en el 2010. Con seis abuelos que quedaban institucionalizados en el mismo lugar se realizó una evaluación del impacto de los indicadores de ambas categorías en el 2012.

El sentido de la vida y de la muerte se ubicaron entonces como vitales indicadores de salud, que en su potenciación desarrolladora permitieron alcanzar mayores niveles de desempeño psicosocial, mostrando de forma clara la progresión de índices de salud física y mental.

Desarrollo

El sentido que le otorgamos a cada momento y esfera de nuestra vida nos define y diferencia como seres humanos y define el valor de la existencia. Entonces el sentido de la vida es un elemento diferenciador, que nos hace personas, nos crea sujetos en el propio devenir humano.

La palabra "sentido" en su acepción sigue dos direcciones principales: primero se entiende como significado, preguntando el

¿por qué de la vida? y la segunda como una dirección a seguir, valorando la vida como un momento temporal dirigido al cumplimiento de alguna misión o meta específica. Ambos enfoques se privilegian en varias de las concepciones que retomaremos en este trabajo aunque en la mayoría se le reconoce al término un carácter psicológico y un condicionamiento social significativo. De esta manera el sentido de vida se visualiza como un fenómeno inscrito en el proceso personalógico de desarrollo del ser humano y se activa como manifestación subjetiva. Asumir esta alternativa, introduce el tema en una de las dicotomías del milenar debate epistemológico: la «supuesta antinomia» subjetividad–objetividad; la cual valoraremos en las teorías fundamentales asociadas al tema.

Desde el psicoanálisis, el sentido de la vida fue trabajado por autores que se separaron de esta corriente por no mantener la visión cerrada que promulgaba en sus inicios, pero al mantener sus principios básicos no pudieron ir mucho más lejos.

Para Jung, la perfección psicológica de la personalidad consiste en hallarse a sí mismo. La vía junguiana conduce decididamente hacia dentro como reconocimiento de lo eterno en sí mismo. La enfermedad sería consecuencia del sufrimiento del alma por no haberse encontrado. Por su parte Adler le confiere al sentido de la vida una importancia trascendental pues direcciona nuestra conducta y constituye un recurso para comprender la visión que tiene el individuo de sí mismo y del mundo exterior. De la misma forma que Jung, Adler considera todo anhelo humano como una tendencia a la perfección a través del empoderamiento del individuo que responde a su sentido de comunidad. Sin embargo, esta capacidad el individuo la adquiere en la infancia temprana, concretándose en este período la "ley de movimiento" que regirá su dirección en la vida futura (Adler, 1931).

Dichas teorías aunque pretenden socializar el psicoanálisis, enfrentan varios obstáculos que las hacen fracasar, pues mantienen un criterio reduccionista del hombre atado a fuerzas que lo dominarán por el resto de su vida; pues este debe responder a mecanismos que se establecieron en la infancia, época en que no existen recursos psicosociales suficientes para una valoración crítica de su realidad y del camino a seguir.

Como una de las corrientes que más impacto ha tenido en el tratamiento del tema, precisamente por constituir el centro de su aparato teórico metodológico, aparece la Logoterapia, con Víctor Frankl como su máximo representante y fundador. Si Freud determinó que al hombre lo movía la voluntad del placer y Adler cambió esta por la voluntad de poder, Frankl plantea que el hombre está condicionado por una voluntad de sentido (Frankl, 1992); lo que articula la posibilidad de utilizar esta categoría en la movilización y desarrollo personalógico.

Por último, el materialismo dialéctico nos permite valorar el sentido de vida en su carácter contextualizado e histórico. Al contrario de la logoterapia, y el neopsicoanálisis que definen las condiciones externas como oportunidades o amenazas para el individuo, aquí se perciben como construcciones sociohistóricas del sujeto concreto, configuradas en la subjetividad, lo que permite que se constituya un individuo libre, y el sentido de vida sea comprendido como algo más que una meta que mueve al sujeto externamente. El enfoque histórico cultural (EHC), como máxima expresión psicológica de esta corriente filosófica, integra el momento singular, particular y universal en la comprensión del sujeto.

El EHC aplicado al análisis evolutivo del sujeto nos alerta sobre requisitos y recursos psicológicos imprescindibles para la conformación y potenciación (en caso de que no exista) del sentido de vida. En esta dirección se integran con utilidad las concepciones de situación social de desarrollo (SSD) y zona de desarrollo próximo (ZDP).

A partir del análisis de estas condicionantes teóricas y límites epistemológicos, en este trabajo se asumirá el sentido de la vida como "cierta orientación valorativa de la personalidad que organiza y conduce su sistema motivacional. Configurado en las interrelaciones de la vida cotidiana y la praxis social. Es una configuración psicológica compleja que determina niveles de relación entre la subjetividad individual y social" (Turtós, 2009, p. 13).

698

Sin embargo, más allá de su presencia, su elemento significativo reside en propiciar la potenciación de niveles de autodesarrollo, en los ámbitos individuales y sociales, o sea el sentido de vida se constituirá como una formación psicológica desarrolladora cuando estemos en presencia de (Turtós 2009):

Larissa Turtós Carbonell, págs. 694- 709.

1. Estabilidad de la jerarquía motivacional: presencia de motivos rectores que se mantengan estables en función de las condiciones sociopsicológicas a las que responden:

- elaboración consciente de los motivos.
- fuerte relación con el sistema de valores y juicios.
- mediatización de los motivos por una perspectiva temporal planificada.

2. Autovaloración adecuada: en función de las potencialidades psicológicas desarrolladas hasta entonces y las condiciones sociohistóricas en que se inserta el sujeto, que le permitan cierto nivel de confianza y seguridad en sí mismo.

- conocimiento coherente y adecuado de sí mismo, de sus potencialidades, capacidades y limitaciones.
- Autoimagen positiva que no responda a los estereotipos sobre la edad u otros indicadores sociodemográficos como predictores de desarrollo.
- Conocimiento de su posición en la sociedad y de los recursos que pueda usar de esta.

3. Perspectiva futura: posibilidad de proyección en función de la concreción del sentido de vida. Presencia de proyectos de vida y apertura a la experiencia.

- realización de ajustes realistas en el presente en función de planes organizados social y temporalmente.
- Proyectos que lleven a plan de hechos los motivos que rigen la personalidad.
- Previsiones sobre ciertas situaciones que se viven en el presente.
- Capacidad de reestructuración en función de cambios que se presenten en la vida cotidiana.

4. Pensamiento reflexivo crítico: basado en la integración afectivo—cognitivo—moral:

- posibilidad de crítica de la vida cotidiana.

-cuestionamiento de los roles y posiciones sociales propios y de otros.

-cuestionamiento y reelaboración de su postura en función de nuevos aprendizajes y de la postura de los otros.

5. Autonomía: expresión de libertad que junto al pensamiento crítico – reflexivo permitan al sujeto tener una visión crítica de su vida cotidiana y elegir libre y creativamente en función de sus juicios de valor:

-Relaciones de interdependencia. Equilibrio entre la dependencia y la soledad.

-Posibilidad de elección y responsabilidad por la dirección elegida.

-Capacidad de valorar adecuadamente las situaciones a partir de las propias motivaciones y elegir en consecuencia la línea de conducta adecuada.

6. Activación social desarrolladora: a partir de la participación real y cooperación (Freyre, A. y otros, 2004) se determina la presencia de interrelaciones estables sobre la base de la implicación sentida de los actores comunitarios en la identificación de contradicciones y la actividad coordinada de dichos actores con arreglo a un plan.

-Generación de conductas alternativas frente a eventos agresores o estresantes que impliquen relaciones interpersonales activas y funcionales.

-Presencia de metas y proyectos no solo de carácter personal, sino también familiar, comunitario y/o social.

-Satisfacción de necesidades en las actividades sociales que se realizan.

La constante activación de estos indicadores movilizará su disímil conjugación en cada momento y etapa de la vida.

700

Pero es imposible el estudio de esta categoría sin analizar el momento y contexto en que se enmarca su construcción y desarrollo. Desde esta perspectiva entonces es vital preguntarse:

1. ¿Como debe ser una sociedad para brindar las posibilidades de que el individuo no se enajene y logre alcanzar la felicidad y realización personal?

2.¿Cómo debe ser una sociedad ya envejecida, para lograr estos parámetros de desarrollo?

En este sentido al evaluar la cultura occidental¹ nos percatamos de algunas de sus características predominantes (Turtós, 2004) en la sociedad actual:

·Totalizadora, hegemónica, evasiva, despersonalizada. Efectista: refiere como valor la eficiencia, la práctica, la utilidad e inmediatez.

·Se priorizan las necesidades de consumo y placer, que se constituyen en valores vitales. Las demandas, generalmente materiales, no satisfacen las necesidades superiores de la sociedad y sus miembros, por lo que se vive un relativismo moral.

·Acelerada: el ritmo de vida desencadenado y la aceleración histórica con la que se vive provoca en muchos el llamado "shock del futuro", a partir del cual se siente el miedo a quedar atrasado en el desarrollo individual con respecto al desarrollo social.

·La desvinculación se establece como función esencial entre sus estructuras e individuos de forma tal que el desarrollo de uno no implica el crecimiento de otro, dificultando la identificación individuo-sociedad.

·Polarización del poder y a la vez globalización de la cultura de forma tal que cada vez es más difícil defender las raíces históricas y la memoria colectiva.

Podemos mencionar algunos impactos de la situación descrita, recogida en varias investigaciones en nuestro país (Espina, 2000; Martín y Perera, 2000; Tenorio, 2000: referidas en D'Angelo, 2003):

·Predominio del individualismo, presentismo e inmediatez: basado en la necesidad de satisfacer necesidades básicas de modo inmediato.

¹ Para esta afirmación nos basamos en el conocimiento básicamente de referentes americanos y europeos, sin haber revisado literatura oriental al respecto. Esto no indica que esta sociedad no comparta dichas características pero no tenemos elementos para afirmarlo.

- Debilitamiento del valor trabajo en sus manifestaciones estatales.
- Debilitamiento de valores morales: el énfasis en la satisfacción de necesidades materiales relega a otros planos aspectos de la transmisión de valores sociales y culturales, más aun cuando se producen contradicciones entre el discurso y la actuación.
- Debilitamiento del valor nacional.
- Devaluación del empleo calificado y del papel de la educación.
- Exaltación del consumismo.
- Uso y abuso de mecanismos de poder y autoridad para establecer relaciones interpersonales.

Por tanto, los ancianos hoy se enfrentan a limitaciones de todo tipo y no precisamente condicionadas directamente por la edad o por la biología:

·Limitación social: Marx se plantea como una de las contradicciones que rige el entorno del desarrollo social la relación entre las relaciones productivas y las posibilidades de apropiación del medio a través de ellas (Freyre y otros, 2004). Esta contradicción marxista explica la dificultad de los viejos de imprimirle un desarrollo a su ritmo y sentido de vida en la sociedad de hoy, pues los estereotipos actuales limitan sus posibilidades de apropiación productiva y humana del medio, relaciones de producción y posibilidades de apropiación de dichas relaciones.

·Limitaciones psicológicas: estereotipos sobre la edad, política y estructura social; en este sentido, se vive en nuestro país una corriente de pensamiento muy difundida en la sociedad contemporánea a la que se ha llamado "viejismo", término proveniente del inglés "ageism" e introducido por Butler (1973) y que Salvarezza (1988) traduce atinadamente. Este término puede ser definido como el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos en función de su edad. Es comparable al racismo, el sexismo y la discriminación religiosa. La condición que provoca la discriminación se adquiere al pasar de los años y se transforma con el tiempo en una imagen negativa de sí mismo (De la Serna De Pedro, I. 2003).

·Limitaciones económicas: relacionadas con la jubilación y las pocas estructuras sociales que permiten su participación a partir de sus ingresos.

En este sentido no es de extrañar que la vejez sea muchas veces conceptualizada como un distanciamiento con relación a lo que se considera la norma social. Las representaciones sociales sobre esta etapa de la vida resumen estereotipos que marginan al anciano de la sociedad y de su bienestar y alejan a la sociedad de dichos individuos, que pudieran encaminar su desarrollo a partir de la mayor experiencia, cognitiva, afectiva y conativa, acumulada en potencialidades para desarrollarse.

Constituyen así un grupo vulnerable en el que la desvinculación, olvido, enajenación, soledad se convierten en las principales enfermedades sufridas con secuelas devastadoras desde el punto de vista físico, psicológico y social. Con la disminución de los contactos interpersonales y sociales, comienzan a faltar los estímulos, los instrumentos culturales. Los ancianos, al ver que no pueden cambiar la situación por estar imposibilitados a participar en las tomas de decisiones que les conciernen como personas y como ciudadanos, terminan perdiendo el sentido de pertenencia a la comunidad de la cual son miembros bajo el síndrome de la invisibilidad (Turtós, 2004; Buendía, 1994).

En estas circunstancias, los mayores viven una progresiva pérdida del sentido de pertenencia al vivir en exclusión y del sentido de la vida al no poder concretar sus proyectos y aspiraciones, pérdida de su propia identidad pues rechazan sus características personales y grupales, desestimando el valor de sus grupos de referencia por la estigmatización en que están sumidos. Se obstaculiza así el desarrollo de los elementos que caracterizan al humano en su especie: consciente, activo, creativo, autónomo, regulador; sustituyéndolos por individuos dependientes, pasivos, reproductivos.

De esta forma, los viejos son sometidos, por compartir determinadas características psicológicas y cierta edad cronológica, a una persistente obstaculización de las principales funciones y procesos psicológicos que convierten al homínido en humano, así guiados por el estereotipo de las pérdidas y las incapacidades. Se establece, contrariamente al que debiera ser el papel de los grupos y colectividades, un proceso de despersonalización que provoca un estancamiento, incluso involución psicológica, cumpliéndose la profecía y el estereotipo.

Esta situación que empieza por una invisibilidad social, por una muerte para los otros a través de un dejar de hacer y un dejar de ser, trae aparejado por supuesto una muerte psicológica que luego de sostenerse a través de los procesos adaptativos más complejos y contradictorios del desarrollo humano, acaba el ciclo con la muerte física al no poder subsistir fuera de la especie.

Como constante antropológica, en todas las culturas existe una forma de morir sin desaparecer físicamente: la muerte social, la muerte civil, la muerte por desarraigo de las relaciones significativas (...). La destrucción de los vínculos de significación es ya enfermedad y estigma (...). La consideración de esta clase de muerte (...) tal vez aclare la asociación entre morir y envejecer. La vejez en nuestras sociedades se caracteriza por irreversibles pérdidas, por soledad, abandono. Es la muerte de los segregados y marginados, a quienes se priva de sus derechos. La exclusión de la vida comunitaria en algunos pueblos, lleva literalmente a la muerte física (Lolas, 2002, p. 392).

Sin embargo, sabemos que la vejez se caracteriza por otra serie de peculiaridades que la hacen distintiva como etapa del ciclo vital y revelan sus posibilidades de desarrollo psicológico. Existen múltiples diferencias interindividuales que en su contextualización generan sabiduría, expresada en una mayor flexibilidad y asertividad en su medio. Se establece la comunicación como eje del desarrollo, condicionando un desempeño exitoso y articulándose como memoria de la humanidad. De la misma forma, se reafirman los procesos de adaptación a través de un inicial cuestionamiento y el análisis crítico y reflexivo, pudiendo mantener la responsabilidad a partir de un acercamiento más autónomo a la sociedad y a sí mismo.

De esa forma el envejecimiento exitoso se asemeja a lo que D'angelo (2003) ha llamado "personalidad desarrollada". En este sentido envejecer significa la asunción de nuevos roles, resignificación de sentidos para hacer frente a nuevas situaciones sociales, desplegando todos los recursos psicológicos alcanzados y la experiencia acumulada en el decursar de la vida.

704

Si el sentido de la vida permite definirnos y diferenciarnos como seres humanos, remarcando el valor de nuestra existencia y permitiéndonos acercarnos al final de la misma, la muerte cobra entonces tal autonomía y esencialidad como cada persona que

muere. La muerte implica también la capacidad de asumir el componente social de la existencia de forma personalizada. La misma contribuye a que las personas realicen y cumplan sus valores durante su vida. El establecer una finitud y crear una estructura temporal limitada, motiva a no aplazar las tareas existenciales de búsqueda de sentido.

Sin embargo, la muerte en el mundo occidental se inserta en una cultura evasiva, represora y negadora de la finitud personal. Acercarse a la muerte ya sea física o psicológicamente remite a un proceso de despersonalización: algo ajeno que genera sentimientos de temor e incertidumbre ante el desconocimiento de lo que se avecina. Es por eso tan importante potenciar en los adultos mayores la posibilidad de prepararse para la muerte considerando esta como un proceso psicológico que tiene lugar en la etapa de la vejez, no sólo porque constituye el periodo del ciclo vital humano más próximo a la misma, sino también por el despliegue de los recursos psicológicos alcanzados. Estos recursos dan cuenta en el individuo anciano de un grado mayor de concientización y afrontamiento, lo que le permite organizar su vida sin vivenciar los temores y ansiedades característicos de etapas anteriores.

Desde el punto de vista teórico no es causalidad que las principales escuelas que abordan la vida y su sentido se ocupen también de la muerte y su significado para el ser humano.

El psicoanálisis desarrolla el instinto de morir en el inconsciente, el cual a menudo reprime porque no desea llegar a él, y ante la inevitabilidad del proceso que se avecina, crea ciertos mecanismos que contribuyen a aminorar las consecuencias que el evento puede producir a partir de una creencia inmortal de la vida humana.

Por su parte el existencialismo la recrea como una de sus preocupaciones esenciales y una condición inherente al ser humano porque define el momento en el que existimos; la angustia existencial se acentúa al considerar que la muerte no sólo es un hecho, sino un proceso.

De forma más completa la tanatología realiza un estudio integral e interdisciplinario de la muerte, y busca resolver las situaciones conflictivas que existen en torno a ella.

Por último el EHC permite analizar la preparación para la muerte como proceso que forma parte de la vida y por tanto es necesaria su integración como movilizador de recursos personológicos. Al incluir categorías que rigen el desarrollo, permite romper con la familiaridad acrítica existente entre las personas sobre procesos supuestamente no controlables. Define las condiciones externas como construcción sociohistórica en el sujeto concreto, configuradas en la subjetividad, lo que permite que se constituya un individuo libre de conocer los aspectos que mediatizan el final de su existencia y tomar decisiones en consecuencia. Así posibilita asumir el proceso de preparación para la muerte como una capacidad o recurso que se puede desarrollar en el sujeto.

Haciendo un análisis deductivo de las principales teorías analizadas así como las experiencias de trabajo con el grupo de abuelos, encontramos nuevamente la relación de estas categorías, pues en los mismos el intento por potenciar un sentido de vida desarrollador permitió levantar temores asociados a la muerte e imposibilidades de su afrontamiento adecuado.

De esta forma se propusieron como indicadores del proceso "preparación para la muerte" (Macias 2010):

·Sentido de la muerte: Significados y motivaciones redimensionadas por la complejidad de los esquemas cognitivos respecto al proceso de morir.

·Sentido de vida desarrollador: Orientación valorativa de la personalidad que organiza y conduce su sistema motivacional permitiendo al hombre desarrollar sus potencialidades de forma autónoma, y que contribuye al desarrollo social a partir del propio crecimiento personal.

·Necesidad de autotrascendencia: se alcanza en un nivel de integración de la personalidad, permitiendo la expresión de la misma a través de sus relaciones con los otros.

706

En esta dirección las interrogantes que actualizan el sentido de la vida: ¿Por qué vivo? ¿Para qué vivo? ¿Cómo vivo?, se constituyen muchas veces como respuestas iniciales en la preparación del individuo para su muerte: ¿Por qué he de morir? ¿Cuándo he de morir? ¿Cómo he de morir? ¿Qué sucederá cuando ya no esté?

En un segundo momento de intervención grupal con los adultos mayores se intentó actualizar los indicadores de sentido de vida desarrollador y explorar, a la vez que se fomentaba un sentido de la muerte positivo, la concientización de los roles del adulto mayor que conllevan a la articulación de la neoformación fundamental de la etapa. Esto permitió:

- Sistematizar la relación entre estas categorías y sus indicadores.
- Reactualización de indicadores del sentido de vida que constituyeron recursos psicológicos en los abuelos.
- Sistematizar regularidades en el trabajo con adultos mayores a nivel grupal y comunitario

Conclusiones

Las problemáticas que afectan hoy a los ancianos del grupo, refieren fundamentalmente pérdidas sociales marcadas por estigmas y estereotipos más que decrementos físicos y psicológicos, por lo que el trabajo grupal y comunitario en esta edad específica resultó de vital efectividad ya que permitió activar los mecanismos psicosociales del individuo (aletargados y desplazados) y la localidad en la búsqueda de soluciones y potenciación de recursos. De esta forma las intervenciones comunitarias deben considerarse una prioridad en situaciones de desplazo y discriminación.

Para la potenciación del sentido de vida, destacaron como relevantes los niveles de participación social y el pensamiento crítico y reflexivo por encima del resto de los indicadores. De esta forma se evidenció que la poca activación social del sujeto, así como el establecimiento de un proceso de familiaridad acrítica con el medio, implican los mayores obstáculos para la potenciación de un sentido de vida desarrollador. Concretamente las contradicciones surgidas en el área familiar y comunitaria se instauran como condicionantes de una incipiente muerte social, generando estados de desesperación y tristeza, dificultando a su vez la resolución satisfactoria de la crisis en la etapa. No obstante, este proceso se ve favorecido en el grupo por los lazos de amistad y respeto que se establecen al interno de la institución. Aunque la misma no cumple con la tarea social encomendada, favorece procesos de desarrollo y bienestar psicológico. Por otra parte la falta de un pensamiento

reflexivo y crítico en los mayores dificulta la adaptación a los cambios de la etapa, la que se vivencia en forma de asignaciones mediatizadas por el medio social, de manera tal que logran aceptar dichos cambios a partir de la instauración de mecanismos que aunque no están totalmente organizados se instituyen desde la práctica y la experiencia grupal. En este sentido se logró, en ambos momentos, reconocer al "otro" como mediador vital en el proceso de aprendizaje y cambio.

La preparación para la muerte es un proceso incipiente en este grupo pues se presentan contradicciones en relación a la misma, concibiéndola aun con temor desde sus consecuencias, sin vislumbrar su importancia como proceso psicológico que puede ser desarrollador, aunque comienzan a movilizarse en función de concebir una vida que les propicie el despliegue de sus potencialidades psicológicas para evitar los procesos de muerte social y psicológica y llegar a la muerte física con mayor calidad de vida.

Se pueden reconocer los siguientes **logros** como resultado del trabajo grupal:

a)Activación de un espacio físico y psicológico para la reflexión y el encuentro identitario.

b)Revalidación y concientización de necesidades e intereses.

c)Reflexión crítica sobre la responsabilidad propia frente a las problemáticas enfrentadas y sobre la posibilidad de transformación de la situación actual, aun cuando no cuentan con las herramientas sociopsicológicas al respecto. Así se activó el proceso de planificación y proyección de la vida en función de la mejor utilización de la experiencia propia. De la misma forma se identificó la relevancia de la adecuación de reglas y límites en la convivencia familiar a partir de la flexibilidad y contextualización de dichas normas.

708

d)Mejó el estado de salud y de ánimo en general y se rescataron habilidades y recursos en el grupo como la creatividad y la participación como forma de ser y estar.

e)Aumentó la confianza en sí mismo y en el otro, que se empezó a valorar como un recurso y contraparte social y emocional, apareciendo necesidades de integración y participación.

Bibliografía

ADLER, A. *El sentido de la vida*. Barcelona: Editorial Barcelona, 1931. 232 p. ISBN: 84-7991-049-6.

BENIGNO, José (edit. lit. y prol.); Kopplhuber, Christine & Insausti, Gabriel (trad.). Barcelona: Herder Editorial, 1992. 157 p. ISBN: 978-84-254-2331-4.

BUENDÍA, J. *Envejecimiento y psicología de la salud*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 1994. 480 p. ISBN: 84-23-0863-3.

DE LA SERNA DE PEDRO, Inmaculada. *La vejez desconocida*. Madrid: Ediciones Díaz de Santos, 2003. 186 p. ISBN: 84-7978-569-1.

FREYRE, J. y colaboradores. *El Autodesarrollo Comunitario. Crítica a las mediaciones sociales recurrentes para la emancipación humana*. Santa Clara: Editorial Feijoo, 2004. 153 p. ISBN: 959-250-146-7.

LOLAS STEPKE, Fernando. "Envejeciendo y vejez: desafíos bioéticos y calidad de vida". En: Sariego Acosta, J. eds. *Bioética para la sustentabilidad*. Ciudad de La Habana: Publicaciones Acuario, 2002. p. 373 – 394.

TURTÓS, Larissa. "¿Por qué nos interesa la vejez? Trabajo social y tercera edad". *Revista Santiago*. 2004, no. 105, Sept – diciembre.

TURTÓS, Larissa; MONIER, Juan Luis. "Sentido de vida y participación". En: *II Simposio Internacional CIPS*. Ciudad de la Habana: 2009.